



En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos: - «Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banqueteara espléndidamente cada día. Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que tiraban de la mesa del rico. Y hasta los perros se le acercaban a lamerle las llagas. Sucedió que se murió el mendigo, y los ángeles lo llevaron al seno de Abraham. Se murió también el rico, y lo enterraron. Y, estando en el infierno, en medio de los tormentos, levantando los ojos, vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno, y gritó:

"Padre Abraham, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llamas." Pero Abraham le contestó: "Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en vida, y Lázaro, a su vez, males: por eso encuentra aquí consuelo, mientras que tú padeces. Y además, entre nosotros y ustedes se abre un abismo inmenso, para que no puedan cruzar, aunque quieran, desde aquí hacia ustedes, ni puedan pasar de ahí hasta nosotros." El rico insistió: "Te ruego, entonces, padre, que mandes a Lázaro a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que, con su testimonio, evites que vengan también ellos a este lugar de tormento." Abraham le dice: "Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen." El rico contestó: "No, padre Abraham. Pero si un muerto va a verlos, se arrepentirán." Abraham le dijo: "Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un muerto."» (Lucas 16, 19-31).

1. El drama del pobre ante la indiferencia del rico

El sufrimiento de los pobres que mueren de hambre agobiados por la miseria ante la indiferencia de los ricos que viven lujosamente sin importarles esta situación, es un tema recurrente en la Biblia. El profeta Amós, por ejemplo, de cuyo libro está tomada la primera lectura (Am 6, 1a.4-7), critica duramente “la orgía de los disolutos”, insensibles ante la realidad de los marginados y excluidos.

El Evangelio nos presenta hoy el relato conocido como la “Parábola del rico Epulón y el pobre Lázaro” (Lc 16. 19-31). El nombre “Epulón” es sinónimo de “banqueteador”, mientras que al mendigo se le llama “Lázaro”, nombre proveniente del hebreo “El’azar”, que significa “Dios ayuda”. En la parábola, mientras el destino final del rico epulón es un estado de sufrimiento eterno por no haberle importado la suerte del pobre, éste después de su muerte disfruta de una vida feliz en lo que el texto bíblico llama “el seno de Abraham”, figura simbólica que corresponde a un estado de gozo eterno. Estas descripciones corresponden a lo que suele llamarse respectivamente el “infierno” y el “cielo”, que no son lugares físicos, sino precisamente estados en una dimensión diferente de las del espacio y el tiempo.

2. La pobreza de muchos no es culpa de Dios, sino del egoísmo humano

A primera vista, el destino final de Lázaro en lo que se suele llamar el “cielo” parecería corroborar la mentalidad de quienes predicán la resignación conformista de los pobres porque en el “mas allá” recibirán el alivio de su miseria. No es éste el sentido del Evangelio. El mensaje de Jesús, no sólo con su predicación sino también con el ejemplo de su propia actitud hacia los pobres, consiste, por el contrario, en un llamado a la compasión efectiva, solidarizándonos con ellos para contribuir a que salgan de su situación de miseria, la cual no proviene de Dios, sino de la injusticia social que a lo largo de la historia humana ha ido haciendo del mundo un lugar donde unos pocos acumulan cada vez más riquezas a costa de un número cada vez mayor de desposeídos.

Jesús en la parábola no dice que el rico estuviera maltratando al pobre. Sencillamente, coexistía con él sin importarle su miseria. Por eso el destino final del “Epulón” es el “infierno”, es decir, el estado de sufrimiento perpetuo de quien ha optado por encerrarse en su egoísmo en lugar de abrirse activamente al Amor (es decir, a Dios, que es Amor).

3. ¿Qué hemos hecho, que estamos haciendo, que debemos hacer?

Según informa el Banco Mundial, más de mil millones de personas llevan una existencia infrahumana, por debajo del umbral absoluto de pobreza, al disponer de un dólar o menos por día. Ante esta realidad, la pregunta que nos lanza hoy la Palabra de Dios es, en definitiva, qué hemos hecho, que estamos haciendo y que debemos hacer para contribuir a transformar esta situación, empezando por nuestra propio entorno local. ¿Vivimos indiferentes frente a la miseria de los desposeídos, o nos duele la miseria que vemos a nuestro alrededor? ¿Nos contentamos con “no hacerle mal a nadie”, o vamos más allá, saliendo de la indiferencia insensible y actuando positivamente para contribuir a la instauración de una sociedad más justa en la que todos sin exclusiones, empezando por los más pobres, vean realizado su derecho a una vida digna como personas e hijos de Dios?

A la luz de estos interrogantes, cobra todo su sentido la exhortación del apóstol Pablo a su amigo Timoteo en la segunda lectura (1 Tm 6, 11-16): “*practica la justicia, la piedad (...), el amor*”. En la mentalidad bíblica, la *justicia* es no sólo la equidad en las relaciones sociales en cuanto reconocimiento eficaz de la dignidad y los derechos de todo ser humano, sino ante todo la opción preferencial por los más pobres, para que sean ellos los primeros en ser atendidos; la *piedad* es no sólo la relación de unión con Dios mediante la oración y los ritos religiosos, sino ante todo la actitud práctica de compasión de quien siente como suyo propio el sufrimiento de los demás –y esto es precisamente lo que significa la palabra *com-pasión*–; y el *amor* que nos enseña Jesucristo es no sólo el afecto hacia las personas que nos caen o nos tratan bien, o de quienes esperamos alguna recompensa, sino ante todo la solidaridad con los pobres en la búsqueda de condiciones más justas que hagan posible su liberación de la miseria.

Nos reunimos en la Eucaristía alrededor de una misma mesa en la que partimos el pan para compartir como hermanos, hijos del mismo Dios Creador, la presencia y la vida de Jesucristo resucitado. Dispongámonos a realizar en nuestra existencia cotidiana lo que aquí celebramos y significamos, compartiendo lo que tenemos especialmente con los más necesitados, para que así se manifieste entre nosotros y en nuestra sociedad la presencia de Dios que es Amor.-